

Presentación libro “Experiencias de un sabático académico”

Dr. Ignacio Sánchez

Muy buenas tardes.

Quisiera comenzar expresando mi profundo agradecimiento a la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso por acogernos hoy para la presentación de este libro y, muy especialmente, a su Rector, Profesor Nelson Vásquez, por acompañarnos en este momento tan significativo para mí.

Me alegra especialmente que esta presentación esté a cargo del exrector, profesor Claudio Elórtegui, amigo personal, con quien trabajamos en conjunto durante tantos años, así como estar hoy en las dependencias de esta universidad, compartir con su comunidad académica y tener la posibilidad de conversar sobre esta experiencia en un espacio universitario que valora profundamente la vida académica. Igualmente, estoy muy contento de esta presentación tenga continuidad mañana, cuando el libro será presentado en la Comisión Nacional de Acreditación, por su presidente, el profesor Andrés Bernasconi, miembro de nuestra comunidad universitaria.

Quiero agradecer también a Ediciones PUCV y, muy especialmente, a su director, el señor David Letelier, quien acogió con generosidad y gran profesionalismo este proyecto y permitió que esta experiencia pudiera transformarse en un libro, con una gran y cuidada edición que ha sido muy valorada por quienes lo han recibido.

Para mí tiene un significado especial que *Experiencias de un sabático académico* se publique y se presente aquí, en esta universidad. El Rector me ha comentado sobre la implementación del programa sabático para profesores y profesoras de la PUCV y sobre el importante desarrollo que ha tenido. Esto hace que la presentación de este libro tenga aquí un sentido particularmente especial y de futuro.

Las universidades tenemos mucho que compartir: nuestras experiencias, nuestras preguntas, nuestras búsquedas y también nuestras distintas maneras de enfrentar los desafíos de la educación superior. Por eso, más que hablar hoy de un año de mi vida, quisiera compartir con ustedes algunas de las razones que me llevaron a escribir este libro.

La palabra “sabático” tiene una historia muy antigua. Su origen está asociado al *Shabbat*, que expresa la idea de detener el trabajo, tomar distancia, reflexionar y prepararse para una nueva etapa. Con el tiempo, la universidad tomó este concepto y lo transformó en un espacio para la investigación, la escritura, el perfeccionamiento y la renovación intelectual. Pero creo que hay algo todavía más profundo detrás de esta idea. Un sabático

es, en definitiva, un tiempo para pensar. Y quizás eso fue lo que más valoré de estos meses: recuperar un tiempo y una libertad que la vida académica y, particularmente, las responsabilidades de gestión muchas veces hacen difícil encontrar. Libertad para aprender. Libertad para conversar. Libertad para observar. Libertad para hacerse preguntas. Y libertad, también, para pensar en lo que viene. Un espacio intelectual que, espero, pueda seguir proyectándose como un aporte al trabajo universitario nacional y al desarrollo futuro de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Sin embargo, el valor de un sabático no se limita al académico que lo realiza. Para la institución, también representa una oportunidad. Se fortalece la calidad académica, se potencia el sentido de pertenencia del cuerpo académico, se consolidan redes y se abren nuevas oportunidades de colaboración y convenios internacionales. También contribuye a la retención de profesores e investigadores. En definitiva, un sabático es una inversión institucional.

Después de muchos años de actividad académica y, particularmente, después de quince años como rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile y casi veinticinco años de gestión académica permanente, realizada en la Facultad de Medicina, tuve la oportunidad de realizar un período sabático. Fue una decisión largamente planificada en conjunto con mi señora y familia. Coincidió, además, con el cierre y traspaso de la Rectoría, por lo que hubo que definir con bastante anticipación los destinos, los objetivos y las actividades que desarrollaríamos, junto con sostener reuniones con las autoridades de las instituciones que finalmente nos acogieron. En abril de 2025 iniciamos esta maravillosa experiencia. Hablo en plural porque me acompañó en esta aventura mi señora, la Dra. Salesa Barja, Profesora Titular de la UC, académica e investigadora en Nutrición Pediátrica.

El período tuvo objetivos bastante concretos. Quería reflexionar sobre los grandes desafíos de la educación superior, actualizar mi experiencia clínica en enfermedades respiratorias pediátricas con el objetivo de retornar a la docencia clínica y desarrollar un trabajo que pudiera tener nuevas e interesantes proyecciones para el futuro de la universidad.

Para ello, tuvimos la oportunidad de vivir y trabajar en dos lugares extraordinarios: Edimburgo y Nueva York. En Edimburgo pude acercarme a una experiencia interdisciplinaria muy enriquecedora en el Edinburgh Futures Institute, centro interdisciplinario que reúne las artes, las ciencias, las humanidades y las ciencias sociales, ubicado en el histórico edificio del Old Royal Infirmary, un antiguo hospital de más de 300 años. Y, al mismo tiempo, pude volver a la actividad clínica en el Royal Hospital for Children and Young People.

Por su parte, en Nueva York tuve la posibilidad de integrarme a la Facultad Steinhardt de NYU, conocer otras aproximaciones a la educación superior y acercarme al trabajo relacionado con educación y nuevas tecnologías. Paralelamente, pude actualizar mi experiencia clínica en la red de salud NYU Langone, específicamente en el Hassenfeld

Children's Hospital. Fueron experiencias muy distintas, pero complementarias. Y ambas tuvieron algo en común: me permitieron mirar mi propia realidad y mi trabajo previo desde cierta distancia, lo que es muy importante al planificar líneas de futuro nuevas e interesantes.

Creo que esa es una de las grandes riquezas de salir temporalmente de la propia institución. Cuando uno permanece muchos años en un mismo lugar, aprende muchísimo de él, pero también puede acostumbrarse a sus formas de hacer las cosas. Estar fuera permite comparar. Permite descubrir otras maneras de trabajar. Permite conocer otras culturas académicas. Pero, sobre todo, permite volver a mirar aquello que uno conoce en profundidad con nuevos ojos y encontrar aprendizajes que pueden abrir nuevas perspectivas de futuro.

Durante este período pude profundizar en muchos de los temas que han estado presentes en mi trayectoria académica, especialmente durante los años en la Rectoría: el liderazgo académico, la mentoría, la ética institucional, el bienestar estudiantil, la inclusión, la relevancia de las artes y las humanidades, el compromiso con el medio y la autonomía universitaria, entre otros. También pude acercarme a nuevos desafíos que están transformando profundamente nuestras universidades, entre ellos la inteligencia artificial y los cambios permanentes que experimenta la educación. Y encontré también nuevos aportes y nuevas perspectivas, entre ellas algunas enseñanzas y reflexiones muy interesantes, asociadas al pontificado del Papa León XIV.

Pero más que las respuestas, el sabático me dejó nuevas preguntas. Y creo que eso es algo muy propio de la vida académica – que destacamos e incentivamos en nuestros estudiantes –, y que puede ser especialmente valioso para los profesores que están comenzando su trayectoria universitaria. Un buen período de aprendizaje no necesariamente termina con más respuestas; muchas veces termina con nuevas y mejores preguntas.

También aprendí que un sabático exige una disposición personal diferente. Hay que mirar con optimismo y buena voluntad las situaciones que nos toca vivir. Cuando uno llega a un lugar donde no es conocido, tiene que comenzar nuevamente a construir vínculos. Tiene que adaptarse, aprender a desenvolverse en ambientes nuevos y ser capaz de organizar su propio tiempo. También se pasa a descubrir nuevos roles. Durante un sabático, el jefe de nuestro proyecto es uno mismo. Y eso tiene una gran riqueza, pero también una enorme responsabilidad. Uno tiene que definir qué quiere hacer con ese tiempo. Qué quiere aprender. Qué quiere aportar. Y qué quiere llevarse de la experiencia. Resulta vital desarrollar una agenda propia en cada lugar, pero una agenda que no esté compuesta solamente por actividades académicas. Las actividades culturales y recreativas son también esenciales y deben ocupar un lugar importante en el tiempo del sabático.

Sin embargo, este libro no es solamente un libro sobre mi experiencia académica. Es, en buena medida, un libro sobre una experiencia de vida. Porque el sabático también fue un

período familiar, especialmente porque varios de nuestros hijos viven actualmente en el extranjero. Y aquí quiero hacer un reconocimiento muy especial a Salesa, mi señora y compañera de ruta. Ella desarrolló también su propio período sabático, con actividades clínicas y académicas en Edimburgo y Nueva York, manteniendo sus responsabilidades profesionales y sus propias líneas de investigación que ha desarrollado desde hace muchos años en la Universidad Católica. Como siempre, pudo integrar y desarrollar con excelencia todas sus tareas.

Compartir este tiempo hizo que la experiencia adquiriera una dimensión que iba mucho más allá del trabajo. Tuvimos la posibilidad de conocer otras realidades, otras culturas y otras formas de vivir. Modelos sociales y culturales muy distintos. Y también pudimos proteger algo que para nosotros ha sido siempre fundamental: el encuentro familiar. Recibimos la visita de nuestros hijos y pudimos también visitarlos en Barcelona y Copenhague, además de compartir con nuestros hijos en Boston y con nuestros hijos y nietos en Toronto, Canadá.

Uno de los aprendizajes que me deja este período es que el tiempo dedicado a la familia no puede ser simplemente aquello que queda disponible después de cumplir con todas las demás obligaciones. Hay que cuidarlo. Hay que protegerlo. Y hay que darle un lugar y un tiempo protegido. Fue, en definitiva, una experiencia individual y familiar extraordinaria y profundamente complementaria.

Por otra parte, cuando regresé a Chile, comprendí que el sabático no terminaba realmente con el regreso. Uno vuelve con nuevas inquietudes, nuevos proyectos, nuevos intereses personales y nuevas redes. Pero también con una mirada diferente sobre aquello que dejó temporalmente. Por eso, lo vivido durante estos meses ha continuado proyectándose en primer término en la Facultad de Medicina, en mi actividad docente, clínica y académica; en el área de las enfermedades respiratorias pediátricas, en los hospitales Josefina Martínez y Sótero del Río, y en el Hospital Clínico UC, lo que ha sido muy gratificante. La docencia tutorial permite un encuentro y conocimiento personal muy valioso.

Y, fuera del ámbito de la medicina y de la actividad estrictamente académica, he continuado desarrollando actividades en distintas fundaciones y espacios vinculados a la educación, la salud y la cultura, entre ellos la Fundación Aequalis, un foro de educación superior; Coaniquem, Arbolea, en el rescate de autores chilenos olvidados; Teletón, además de centros asociados de la Universidad Católica, todos espacios donde la experiencia acumulada también ha sido ampliamente valorada. Especialmente merece mención el trabajo dedicado a la Comisión Presidencial Verdad y Niñez, la que representa un desafío muy importante por lo que puede significar para el país.

En ese sentido, este libro representa para mí algo más que un registro. Representa una transición. El cierre de una etapa y el comienzo de otra, muy estimulante y de futuro.

Y aquí aparece una pregunta que probablemente me hice muchas veces durante y después del sabático: ¿Por qué escribir un libro sobre esta experiencia? La respuesta es bastante sencilla. Porque creo que las experiencias adquieren un valor diferente cuando se comparten y se reflexionan. No escribí este libro pensando que mi experiencia constituye un modelo que otras personas deban seguir, sino para compartir lo que me tocó vivir. Cada académico tendrá sus propios intereses, sus circunstancias y sus objetivos. Lo que quise hacer fue dejar un testimonio y un registro. Contar qué funcionó. Qué dificultades aparecieron. Qué aprendí. Qué haría nuevamente. Y también qué haría de manera diferente. Una combinación de vivencias, testimonio y futuro.

Espero que pueda ser útil para quienes estén pensando en realizar un período sabático, pero también para quienes, sin necesariamente hacerlo, necesitan encontrar espacios para detenerse, mirar con distancia su trayectoria y pensar en una nueva etapa.

Hay una idea que me acompañó durante todo este proceso y que hoy adquiere para mí un significado especial. Un sabático es una pausa, pero no es inmovilidad. Es una pausa para renovarse. Para aprender. Para crear. Para colaborar. Para volver a mirar. Y para proyectarse en nuevas tareas y etapas de la vida.

Por eso creo que las universidades debieran cuidar especialmente estos espacios. Un académico que tiene la posibilidad de renovar sus conocimientos, establecer nuevas redes y recuperar la motivación no solamente se beneficia personalmente. También vuelve a su universidad con algo nuevo que entregar. El sabático es, por lo tanto, una inversión en las personas y, finalmente, una inversión en la propia institución.

Quisiera terminar con algunos agradecimientos. Primero, a Dios, por la oportunidad de lo vivido. A Salesa y a nuestra familia, por haber compartido este camino. A la Pontificia Universidad Católica de Chile, por haberme otorgado la posibilidad de realizar este período y por el apoyo que permitió llevarlo adelante. A las instituciones y personas que nos recibieron en Edimburgo y Nueva York, por su apertura y generosidad, y a todos quienes hicieron posible que esta experiencia fuera tan enriquecedora. Y también a quienes mantuvieron el contacto desde Chile y acompañaron este proceso desde la distancia.

También, hoy quiero agradecer muy especialmente a la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y al gran trabajo realizado por Ediciones PUCV al haber acogido este libro. Para un autor, publicar un libro siempre es un momento especial. Pero creo que lo es todavía más cuando aquello que uno ha escrito encuentra una comunidad dispuesta a recibirlo, leerlo y conversar sobre él. Quiero agradecer también muy especialmente al Rector Nelson Vásquez por sus palabras y al exrector Claudio Elórtégui por haber aceptado presentar esta obra.

Finalmente, espero que *Experiencias de un sabático académico* pueda ser recibido con el mismo espíritu con que fue escrito. Con gratitud por lo vivido. Con reconocimiento a las

personas que hicieron posible esta experiencia. Pero también con la convicción de que siempre podemos aprender algo nuevo, que siempre podemos hacernos nuevas preguntas y que nunca es demasiado tarde para comenzar una nueva etapa que sea un aporte original al proyecto universitario de futuro.

Quizás esa sea, finalmente, la principal enseñanza que me deja este sabático: detenerse no significa dejar de avanzar. A veces, detenerse es precisamente lo que necesitamos para volver a mirar el camino, descubrir nuevos horizontes y decidir hacia dónde queremos seguir avanzando.

Y creo que ese nuevo camino adquiere especial sentido cuando nos vuelve al origen de la universidad desde su fundación: el encuentro y el trabajo conjunto y cercano entre profesores y estudiantes, orientados a la formación de la juventud, a la búsqueda del nuevo conocimiento y al servicio y compromiso con la sociedad. Y en el caso de nuestras universidades católicas, con un sentido de misión y trascendencia que se origina y orienta al encuentro entre fe y cultura.

Muchas gracias.